



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Un ambiente recomendable

Exposición del Mensajero del Eterno

EL Señor dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar." Esta es la amable invitación que nuestro querido Salvador preconiza a todos los que tienen oídos para oír y un corazón para comprender su amable llamado. Consiste en una cuestión de fe, y la fe sólo puede obrar en nosotros cuando somos guiados por el espíritu de verdad.

Cuando comprendemos los caminos divinos en toda su extensión y que procuramos vivirlos honradamente, se manifiestan magníficos progresos en nuestro corazón. La invitación del Señor es de una benevolencia infinita.

Nuestro querido Salvador deja la completa libertad, y, según nuestra sensibilidad y nuestro aprecio, la seguimos con más o menos diligencia. Se nos hace siempre según nuestra fe. Es también según nuestra fe que realizaremos progresos más o menos rápidos.

El conocimiento de la ley universal nos ha permitido comprender las grandes circulaciones que se manifiestan en el universo. Él agua proviene del mar y vuelve de nuevo al mar. El poder actínico del sol dispensa vida y bendición a todo lo que existe en la naturaleza.

Debemos ser sensibles al espíritu de Dios, como las plantas son sensibles a la acción de los rayos del sol en la primavera. El sol hace subir la savia, vivifica toda la vegetación, la hace crecer y prosperar. Cuando el poder de los rayos solares es más débil en la tierra, si son interceptados por nubes, su efecto es mucho menos penetrante.

Es lo mismo para nosotros cuando ciertas nubes espirituales vienen a ensombrecer y a turbar nuestro corazón. Entonces hay estancamiento espiritual; si esto continúa, nos marchitamos como una planta que no tiene lo que le es indispensable para prosperar; nos quedamos plantados sin avanzar ni retroceder. Es necesario, pues, que podamos discernir nuestra situación y que sepamos de que espíritu estamos animados.

Es especialmente en el momento de la dificultad como podemos examinar mejor nuestra situación, cuáles son nuestros sentimientos y los deseos ocultos de nuestro corazón. Cuando nos encontramos en la asamblea del Señor, podemos también probarnos y ver si nos conducimos digna o inconvenientemente en presencia del Eterno. Cuando algo desagradable nos amedrenta, podemos igualmente sondearnos, y ver si nos abandonamos a la influencia del bien o del mal espíritu.

Es indispensable que vigilemos bien nuestros pensamientos y que nos observemos con cuidado, si queremos verdaderamente adelantar

en nuestros corazones. Por ejemplo, examinémonos a fin de ver cómo reaccionamos cuando se presenta a nosotros una tentación engañosa cualquiera, en una dirección o en otra. Este es también el caso en la dirección de la comida y de la bebida, que desempeñan un papel importante entre los seres humanos.

Yo he visto a personas que no comían, sino que literalmente devoraban; es una vergüenza para un ser humano conducirse de esta manera. A menudo hago mención en nuestras estaciones de esta tendencia, porque en ellas en general se tiene muy buen apetito, y se come a veces demasiado.

Recordemos que cualquiera que sea el alimento que tomemos y cualquiera que sea su cantidad, sólo aprovecha la sangre una muy pequeña porción de linfa, justo la que necesita; todo lo demás forma solamente materias superfluas que al estómago le cuesta mucho digerir.

Estas materias extrañas le ocasionan un trabajo inútil al cuerpo, hasta que éste logre eliminarlas. Del alimento absorbido, la sangre sólo toma lo que ella necesita, y nada más. Este proceso se manifiesta automáticamente.

Vemos, pues, todo lo inútil que es comer a tontas y a locas, y en cantidad fenomenal. El que piensa de este modo beneficiarse, se engaña magistralmente. Obliga a su organismo a un trabajo de presidiario, que tan sólo le causa gran perjuicio. Esta manera de obrar es la señal evidente de un egoísmo fantástico. Vemos, pues, que es en todas las áreas y en todas las direcciones que debemos observarnos, a fin de darnos cuenta en todas las cosas del espíritu que nos mueve a hacerlas.

A los seres humanos les agrada ser apreciados, considerados y adulados. Hay personas que cuando no tienen siempre una corte de admiradores y aduladores en torno suyo, están descontentas; pero hay también hijos de Dios a prueba que son así. Sin embargo, el Señor debiera bastarles ampliamente, puesto que nuestro querido Salvador nos dice: "Bástate mi gracia". Pero esto no los satisface, porque no pueden sacar del espíritu del Señor todo el poder y todo el gozo deseado, por el hecho de que no son bastante sensibles a esta poderosa y maravillosa influencia.

El Señor dirige, conduce, estimula, bendice y consuela de una manera gloriosa a cualquiera de sus hijos que se confía en El. Pablo nos muestra su magnífico ejemplo. El se sentía feliz cuando tenía el honor de sufrir por la causa del Reino, y sabía apreciar este favor.

Se trata de hacer lo necesario para ser capaz de sentir la ayuda y la presencia del Señor. Cada uno de nosotros puede preguntarse a sí mismo:

"¿Experimentas siempre la presencia del Señor en tu corazón?" De buenas a primeras, podría uno responderse a sí mismo: "¡Sí!".

Pero el que se sondea más profundamente podría decirse también: "Entonces ¿por qué dices aún mentiras, por qué te jactas, por qué eres orgulloso y descontento...? Todo esto está en desacuerdo con el espíritu de Dios, porque no habita en un corazón que se complace en tales sentimientos. "El Eterno resiste a los orgullosos, mas da gracia a los humildes".

Los caminos divinos requieren sinceridad, rectitud, sensibilidad, y el olvido de sí mismo a favor del prójimo. ¡Por eso, qué maravilloso resultado producen en el corazón de aquel que los sigue con perseverancia! Es la liberación de la esclavitud del pecado, y la realización de la libertad y de la gloria de los hijos de Dios. Nuestro Señor Jesús dijo a los judíos que lo habían escuchado: "Si permaneciereis en mis palabras, seréis verdaderamente mis discípulos, conoceréis la verdad, y la verdad os haría libres".

Es de toda necesidad que podamos controlar siempre el espíritu que nos anima, en todo lo que pensamos, decimos y hacemos, a fin de que podamos recobrarlos inmediatamente, tan pronto como notamos que no estamos más en la nota justa. A menudo no es el buen espíritu que anima a los hijos de Dios a prueba actualmente.

Cuando damos un mal testimonio, con nuestra manera de hablar o de obrar, es seguro que no nos mueve el espíritu de la gracia divina. Es menester esforzarnos en reparar siempre las brechas que podamos haber hecho, porque la ley de las equivalencias se manifiesta inevitablemente. Si no tenemos con qué reparar nosotros mismos, podemos dirigirnos siempre a nuestro querido Salvador, que colma los déficits, cuando estamos contritos de nuestras faltas y de nuestras debilidades.

Naturalmente, el adversario procura continuamente crearnos dificultades de todos modos para detenernos en la carrera, pero hace siempre una obra que le engaña; en lugar de retardar el Reino, esto nos obliga a dar ciertos pasos que contribuyen a la introducción del Reino en nuestros corazones.

Una vez que hemos tomado la decisión de vivir el programa divino, debemos estar conscientes de lo que tenemos que hacer, y no deberíamos tener más tergiversaciones. Es menester no tener ya conciliábulos con el adversario, ni con nuestro viejo hombre, sino dar resueltamente el paso en el buen y recto camino. De esta manera estaremos seguros de conseguir la victoria.

Desde hace mucho tiempo, he tenido la ocasión de experimentar que el éxito es siempre el resultado inmutable de la perseverancia en los caminos divinos. Podemos, pues, seguir adelante sin temor, pero velando, para poder siempre discernir inmediatamente el ambiente en que nos movemos.

Babilonia no es capaz de discernir su real situación; por eso, en las Escrituras es llamada "Babilonia, la confusión". Todos los que forman la cristiandad actual tienen el pensamiento de que son hijos de Dios. Mas el Señor dice de Babilonia que tan sólo ha adorado ídolos de oro y de plata, y los demonios, pensando de todos modos haber adorado al Eterno. ¡Qué decepción recibirá cuando despierte!

El Señor nos dice que todas las cosas concurren para bien de los que aman a Dios; por eso hay que amar a Dios, y si no lo amamos, es imposible que podamos alcanzar nuestro objetivo; esta es una condición esencial. Le podemos probar al Eterno que le amamos si seguimos sus caminos. La prueba de que amamos al Eterno es que hacemos su voluntad.

Y cuando nos esforzamos en hacer su voluntad adquirimos un maravilloso discernimiento. Tenemos entonces una clara visión del programa, no nos engañamos más con falsos razonamientos y estamos en el ambiente del Reino. Entonces podemos traer en nuestro entorno una atmósfera de bendición y de paz que hace bien a todos los que entran en nuestro contacto.

El viejo hombre está del todo moldeado por el adversario. No le gusta renunciar, tiene malos hábitos, de los cuales no quiere separarse. No debemos escatimar el viejo hombre, y tener el valor de hacerlo callar y obligarlo a doblegarse, porque dichos hábitos nos acarrearán la muerte. La mayoría de los hermanos y hermanas tergiversan aún mucho con el viejo hombre y parlamentan con él.

Repetidas veces hay amigos que se encuentran en una situación de corazón que podría traducirse así en su oración: "Señor, quiero desembarazarme de mi viejo hombre, te prometo hacer lo necesario, pero déjame todavía un poquitín; después me pondré completamente al paso". Este es un juego peligrosísimo, porque cuanto más tergiversemos, menos tendremos el valor de dar el paso definitivo.

Por tanto, es dé rigor hacer inmediatamente tabla rasa con él. Esto implica poner a un lado todas las prácticas que no provienen de la influencia del espíritu de Dios, a medida que las notemos en nosotros. Por tanto, hay que seguir francamente adelante, y ser enérgicos con nuestro viejo hombre. Es preciso darle el golpe de gracia sin consideración, si queremos tener la paz de una vez por todas.

Hagámonos, pues, cada día la pregunta: "¿En qué punto estoy con mi viejo hombre? ¿He dejado hoy un trozo de él en la mesa operatoria o bien he retrocedido ante el cincel liberador, es decir, ante la prueba que tenía por objeto desembarazarme de un trozo pegajoso de mi egoísmo?"

Lo repito, porque es sumamente importante que estemos bien conscientes de ello: es muy peligroso conservar un sentimiento, un hábito, cualquier cosa que sabemos que no está en armonía con los principios del Reino. Es necesario, pues, poner a un lado los hábitos ilegales. Si no lo hacemos, pueden dormir cierto tiempo en nuestro corazón, pero, a la primera ocasión, se despiertan más vivos de lo lindo, y reanudamos con ellos más que nunca.

A medida, pues, que nos damos cuenta de la existencia en nuestro corazón de sentimientos que no tienen que ver con los caminos divinos, es preciso eliminarlos. Pero el valor que desplegamos para hacerlo, no debe hacer subir en nuestro corazón un pensamiento de orgullo. Esto destruiría el efecto favorable del esfuerzo realizado. Por lo tanto, procuremos estar siempre bajo el control de la gracia divina.

Tenemos a un Maestro amable, de una benevolencia inefable y de una ternura inaudita. Es precisamente por eso que a veces somos inconsecuentes, e incluso deshonestos. Contamos con la bondad divina y abusamos de ella con una desenvoltura culpable.

En el mundo los seres humanos están sometidos por la fuerza a ciertos amos que los obligan a desplegar un celo desbordante. En la escuela del Señor no somos forzados, sino que se nos trata como hijos e invitados, y a quienes no se les manda. Por eso, nos conducimos a veces con tanta familiaridad, y manifestamos tan poco celo por la obra del Eterno.

La voz del adversario es dura, penetrante, llena de amenazas y de represalias. La voz del Señor es al contrario amable, benévola, persuasiva, pero no cortante ni incisiva. Esta es la voz dulce del buen Pastor; las ovejas la oyen, la disciernen entre otras mil voces, y la siguen muy felices, porque es la voz del amor y de la ternura.

No estamos aún acostumbrados a habitar en la Casa del Eterno y a conducirnos en ella como deben hacerlo los verdaderos hijos de Dios. Tendríamos que tener el oído ejercitado y el corazón lo suficientemente sensible para que el menor llamado, la más leve señal, nos hiciera vibrar y comprender lo que el Señor pide de nosotros. Para esto, es preciso haber sido afinados por el contacto de la gracia divina, a fin de realizar una delicadeza suficiente del corazón. Entonces podemos percibir fácilmente todas las intenciones divinas.

Naturalmente, si tenemos una piel de rinoceronte, no percibiremos una caricia, un amable apretón de manos, el valor de una mirada afectuosa y buena. Por lo menos nos hará falta un espaldarazo para hacernos comprender que se dirigen a nosotros.

Debemos desprendernos lo más pronto posible de este carapacho de insensibilidad para ser verdaderos hijos de Dios, capaces de sentir todas las finezas de los sentimientos divinos, de recibir las ondas más discretas y más dulces de este maravilloso fluido de la bendición y de la ternura del Reino de Dios.

Si estamos en esta situación de corazón, podremos dejarnos electrizar por el poder del espíritu de Dios, que nos dará maravillosas posibilidades para traer a otros el ambiente del Reino. Entonces seremos de aquellos que siempre dejan donde pasan una estela luminosa de gracia, de amor, de benevolencia, y de una ternura inefable que está contenida en el espíritu de sacrificio.

Nuestro querido Salvador dio un testimonio grandioso y sublime. El mismo se dio en rescate a favor de la humanidad. Nada le fue demasiado caro para salvarla; realizó verdaderamente lo que les dijo a sus discípulos, que no había mayor amor que este, que uno de su vida por sus amigos. Él nos reveló al Padre, con su carácter sublime y maravilloso.

Las gentes religiosas no han comprendido nada de los caminos divinos, no más que los judíos del tiempo de nuestro querido Salvador. Los que actualmente guardan el sábado no com-

prenden tampoco al Señor. Sólo entienden de él que no se debe hacer nada en día de sábado. En realidad, lo que el Señor quería decir a los que le escuchaban, era que había que descansar de todas las malas obras, y esforzarse, al menos ese día, en hacer el bien.

El profeta Isaías dice en su capítulo 58, que el día del ayuno, para los que lo observan, es un día en que se arrepienten de sus malas acciones. Sólo procuran hacer buenas obras y abstenerse del egoísmo. Ese día se esfuerzan especialmente en honrar al Eterno mediante una línea de conducta digna de su llamado, amando a su prójimo y ayudándolo.

Tenemos el conocimiento de los caminos divinos, del programa que puede conducirnos a la liberación definitiva. Demos, pues, el paso con decisión y firmeza. Resistámonos al adversario y a todas sus codicias.

Cuando la prueba toca nuestro corazón, la reacción que se produce en nosotros manifiesta la imagen de nuestra mentalidad. Esa imagen es muy a menudo negativa, es decir que es fea. Sin embargo, si seguimos los caminos del Señor con perseverancia, muy pronto la prueba transformará esta manifestación negativa en una hermosa imagen positiva, reflejando la belleza del carácter divino.

En todo caso, la dificultad o la prueba que se presenta en nuestra vida, nos muestra de qué espíritu estamos animados. Logramos una manifestación positiva sin pasar por la negativa, si las amabilidades, las benevolencias y los dones que recibimos hacen salir de nuestro corazón sentimientos de gratitud y de apego.

Pero si las dificultades y contrariedades hacen salir de nuestro corazón amargura, descontento e impaciencia, es todavía el reflejo de la imagen negativa que se manifiesta. Se trata entonces de redoblar los esfuerzos, a fin de, contrarrestar siempre con benevolencia, paciencia, dulzura, longanimidad y misericordia todas las dificultades, las injusticias y el mal que nos puedan hacer.

De esta manera, la prueba revelará una bella imagen positiva, pareciéndose a la imagen del Hijo muy amado de Dios. Este pensamiento lo ilustra el Cantar de los Cantares en el pasaje que dice: "Viento de aquilón, sopla en mi huerto, y desprende deliciosos aromas de amor y de bendición." Es a esto que todos estamos llamados para glorificar y santificar el santo Nombre del Eterno.

Preguntas para el cambio - del carácter -

1. ¿Nos ayuda, el deseo de hacer progresos, a vencer los intentos del adversario para impacientarnos y desviarnos?
2. ¿Disminuye nuestro egoísmo porque dejamos obrar en nosotros el espíritu de Dios, y emitimos impresiones estimulantes?
3. ¿Han sido una edificación para nuestro entorno nuestros esfuerzos de modestia, de dulzura y de humildad?
4. ¿Procuramos siempre reparar las brechas que hemos abierto, y como Ejército vivimos nuestro voto concienzudamente?
5. ¿Nos ha bastado la aprobación del Eterno, y nos hemos regocijado mucho con los éxitos de nuestros hermanos y hermanas?
6. ¿Refleja nuestro carácter la imagen de nuestro querido Salvador y desprendemos el aroma del Reino de Dios?